Quedate con tu hombre

Andreina Hagenaar Satizabal

Image not found.

Capítulo 1

Quedate con tu Hombre
Aquí sentada en la cama mirando hacia la pared con mis brazos cruzados. Abrazo el dolor que se siente luego de verte partir; le doy la espalda al lado de la cama que solías ocupar, donde aún yacen las cenizas del amor que se consumió tantas veces, vez tras vez.
Vine a recoger mis cosas luego que tu te llevaste las tuyas, en los muebles se sientan los recuerdos de aquellos días felices. La televisión guarda silencio, o quizá guarda su luto. La cocina está ordenada y vacía, se siente el olor de la comida que no se ha de preparar. Bajo la ducha la sombra de tu espalda esa que restregué con el estropajo, se desvanece como el humo del cigarrillo. En la habitación está la cama desierta que ni sábanas verdes tiende, al lado en la mesita de noche el papel con una nota vieja.
Las preguntas se disolvieron en tazas de café caliente que nunca fueron consumidas, tu mirada ya vacía evitaron mirarme fijamente a pesar de que merecía una respuesta.
Te expliqué en mi último email que no solo te di 7 años de mi vida, si no que lave tus calzoncillos y calmé tus migrañas, hiciste el papel de niño, ese que nunca tuvimos y renuncié a mis sueños por construir los tuyos.
No puedo olvidar aquel día cuando apareciste por aquí, con ese acento extranjero, aun pronunciando palabras con dificultad. Pero te tendí la mano y no me quise apartar de ti nunca más.
Al poco tiempo de conocerte me invitaste a vivir contigo, la única condición: no estoy preparado para ser padre!
Cualquiera diría que estar enamorada de un hombre rubio de ojos azules y cara de ángel era ganarse el cielo. Lejos de eso, tuve que soportar tu mal humor y tu egoísmo, el cual pude alivianar con los ratos en el que se te antojaba hacerme feliz. Así que mi vida a tu lado se resumía entre los altibajos de la cotidianeidad, a veces bien a veces ensimismado, a veces feliz, a veces enojado.
Cuando ya empecé a perder tu mirada y sospechar que tu intentabas esconder un secreto detrás de tu silencio intenté buscar pistas y me estrellé contra una pantalla de teléfono bloqueado. Te ocupabas cuidadosamente de no dejar pistas, busqué en el laptop, en los bolsillos de tus pantalones, en la papelera, revisaba el olor de tu camisa, alguna mancha de labial o de rubor. Nada, no encontré nada.
Coincidir en la cama cada noche con aquel silencio sepulcral, hacia el colchón tan incomodo; tu respiración profunda, tus ronquido a media noche; llegué a susurrar preguntas a tu oído en el sueño delta y en el sueño paradójico, creyendo que me podrías responder inconscientemente
La angustia causada por tu hermetismo estaba a punto de volverme loca, temía confrontarte, pero no estaba preparada para perderte. No quería que dejaras tus fantasmas y recuerdos aquí y te marcharas para no volver, prefería tenerte a mi lado aunque frío como un pedazo de hielo.

Así pasaron las semanas que sumaron 8 meses de agonía, hasta que por fin... Aquella triste tarde de viernes de quincena decidí caminar cerca a tu oficina; para mi sorpresa camino a aquel edificio encontré el Café Gay del que cuelga una bandera con los colores del arco iris. Me causó un poco de impresión porque me di cuenta que la ciudad ya se había dejado de tabúes y tapujos abriendo paso a lo que años atrás era cuestionable e inaceptable. Cada paso que dí frente a ese café se hicieron eternos, quizá fueron unos segundos, pero se hicieron tan largos, sobre todo cuando te vi sentado dentro de el local acompañado por otro hombre de apariencia afeminada, sonriente los dos tomándose una cerveza, sin percatarse que yo los observé un por unos pocos segundos, segundos suficientes para caer en cuenta de que aunque hubiese buscado rastros de otra mujer no los hubiese encontrado nunca pues tu pecado no usaba faldas sino pantalones.
Por el camino de vuelta a casa que se convirtió en cardos y espinas, no lograba digerir el cuadro anterior, necesitaba tiempo para comprender la verdad. Me sentí tan vulnerable y la realidad tan inconcebible, No podía volver a lo que fue nuestro hogar, pero tenía que pasar a recoger unas pocas cosas necesarias.
Aquella noche de viernes de quincena luego de tomar un par de cosas necesarias, te escribí una nota que rezaba:
“Ya no necesito más explicaciones, si tu gusto por mi se acabó y mis pechos ya no te complacen, se que te fuiste a buscar un fulano que sacie tus más retorcidos deseos. Tomé un par de cosas y me marcho para no regresar aunque se que no me vas a buscar, si ya no te atraen las faldas pues, quédate con tu hombre”.